

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Maximiliano Sauza Durán
maxsauza@gmail.com

¿Qué es el arte? Dos respuestas

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 61, julio-septiembre de 2022, pp. 46-48 y 65-68.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

¿QUÉ ES EL ARTE?

Dos respuestas*

Maximiliano Sauza Durán

Primera respuesta

Una nube peregrina por el cielo. Va con tanta prisa que una limosna de oro se le cae del monedero y entra directo en el tragaluz. La tarde de mayo es ardiente. El viento, caprichoso, se digna a soplar en las puertas abiertas de cuando en cuando. Hormigas sondean la blanca pared. Ronronea un ventilador al lado. El martillo de la realidad cae en el yunque de la ficción. De la nada me pregunto: ¿qué es el arte? ...

Así se llama un ensayo de Lev Nikoláievich Tolstói (1828-1910) publicado entre 1897 y 1898. Mi edición, un regalo de hace tiempo, fue publicada en Argentina por la Editorial Tor, y no se señala ni al traductor ni el año de publicación, pero el papel, que se parte como si fuera una oblea, delata ser de la primera mitad del siglo xx. Lo leo, no obstante, con asombro. El Tolstói de *¿Qué es el arte?* es implacable, feroz, un hombre ya entrado en años, dispuesto a combatir a capa y espada todo cuanto considera podrido en el sistema cultural europeo, desde lo artístico hasta lo

científico; su voz no es la contemplativa de la primera trilogía de *Infancia, Adolescencia, Juventud*, ni la plural conciencia de Rusia de *Guerra y paz*, ni la enérgica de *Anna Karénina*; se parece más bien a la posterior (y algo inquisidora) de *La sonata a Kreutzer* y los *Cuentos populares*, aunque aquí no deja títere con cabeza, es más brava aún.

¿Para qué la simulación, la hipérbole, la exageración en el arte?, se pregunta Tolstói. ¿Esto se puede cohonestar? Repasaré brevemente sus principales argumentos. Inicia con una revisión exhaustiva de autores alemanes, ingleses, franceses, holandeses, teóricos todos del fenómeno estético, y todos autores occidentales, naturalmente. Sintetiza las varias escuelas, sin estar satisfecho ni con una ni con otra. Se centra en los problemas mutuos, y encontramos –eso sí qué raro– cierto humor en sus formulaciones: “En poesía, por ejemplo, los antiguos románticos niegan a los parnasianos y decadentes; los parnasianos deprimen a los decadentes y románticos; y los decadentes dicen pestes de todos sus predecesores, y además de los magos; y los magos no hallan nada bueno fuera de su escuela”.

Europa, esa península como la llama en alguna carta, es el blanco de todos sus ataques, y usa el veneno del alacrán para pinchar al alacrán. La postura de *l'art pour l'art* es la que más le aterra: que la belleza sea el fin último del arte. Tolstói navega en las profundas aguas de la etimología. Habla de *krasota* (*krasota*), que en ruso es belleza, “lo que gusta a la vista”, pero niega etimológicamente que lo bueno sea necesariamente bello. En las lenguas germanas y latinas la acepción de lo bello (*beau, Schoen, beautiful*) puede aplicarse también a otros fenómenos artísticos, no solo a lo visual. El concepto griego *καλοκάγαθία* (*kalokagathía*) definía la concordancia entre lo bello y lo bueno. En ruso, dice el conde apóstol, esto no tiene coherencia. “Sobre tal confusión se ha edificado toda la estética moderna”.

Y comienza a perfilar en sus primeros capítulos lo que será la defensa de los últimos: “La ciencia que distingue lo bueno de lo malo lleva el nombre de religión”. El artista medieval lo era de veras, dice, porque expresaba el sentir colectivo; era impersonal, no había necesidad de firmar la autoría, el sentimiento del artista se nutría del sentir colectivo, y el colectivo se identificaba con el sentir del artista.

Para Tolstói, “el arte verdadero” es aquel que unifica el sentir humano; el “falso arte”, *l'art pour l'art*, es el que expresa, prostituye, explota la individualidad y el exceso de amor propio del autoproclamado artista y de su séquito de iniciados y elegidos. Sí, le parecen loables las ideas de que la Belleza, la Verdad y la Bondad compendian un ser único y perfecto, como defendía Baumgarten, pero: “¡Estas palabras, lo Bello, lo Verdadero, lo Bueno, se repiten, con mayúsculas, por filósofos y artistas, por poetas y críticos que imaginan, pronunciándolas, decir algo sólido y definido, que puede ser-



Alianza animal 10

vir de base a sus opiniones! Y la verdad es que no solamente estas palabras no tienen sentido definido, sino que impiden dar un sentido a ningún arte, pues solo fueron creadas para justificar la falsa im-

portancia atribuida a la forma más odiosa del arte: a la que tiene por único objeto producirnos placer”.

Página tras página, Tolstói despotrica contra todo lo que tiene enfrente: Verlaine el borra-

chín, Baudelaire el depravado, Mallarmé el ininteligible. En materia literaria, los franceses son sus blancos predilectos. En música, los alemanes: ni Liszt, ni Brahms, ni Strauss, ni Beethoven se salvan

del cadalso; mucho menos Wagner, que, con su búsqueda de un “sistema de unión de todas las artes”, el *Gesamtkunstwerk*, es el que menos logra concretar (según el conde) algún momento artístico en cualquiera de sus piezas. “Antes los poetas escribían en latín; ahora las producciones artísticas son tan ininteligibles para la mayoría de los hombres como si estuvieran escritas en sánscrito”. Pero, ¿de quién es la culpa? Para el conde, el sistema industrial capitalista es la causa de todos los males, pues instituye escuelas artísticas que legitiman el mal gusto de las clases altas y burguesas, que no se satisfacen con nada que no les cause placer, mientras el pueblo, allá afuera, en la fábrica, en la mina y en el campo, muere en la miseria.

¿Qué diría Tolstói de un Estado como el mexicano, que no solo apoya con becas y subsidios a los artistas, sino que además los premia en certámenes federales, estatales, municipales y universitarios? Ojo: no escupo hacia arriba, no definiendo el punto de vista de Tolstói, pues yo mismo he sido múltiples veces beneficiado por estos estímulos, pero sin duda esta reflexión llega en buen momento, y creo que cualquier artista debería leer este raro libro de Tolstói, pues su crítica no lo es sin propuestas de mejoramiento. “Decir que es buena una obra de arte y que sin embargo no la comprenden la mayoría de los hombres, es como si se dijera que un alimento es bueno, pero que no deben comerlo sino algunos hombres”.¹ ¿Qué hubiera pensado Tolstói del *Ulises* de Joyce o del *Orlando* de Woolf? ¿Qué de *À la recherche du temps perdu* o de *La montaña mágica* de Mann? Sin duda nada de la vanguardia finisecular ni de los albores del xx hubiera sobrevivido a su lógica.

Romain Rolland, en su *Vida de Tolstói*, intenta justificar y has-

ta cierto punto entender al conde: ciertamente, el de esta época, es un Tolstói cascarrabias, absorbido por una búsqueda constante de Dios, creador de un sistema religioso propio, alimentado de múltiples tradiciones religiosas, hasta llegar a una especie de cristianismo primigenio, alejado de toda la parafernalia bizantina de la Iglesia ortodoxa y de todo el escolasticismo católico. La búsqueda de Tolstói se reduce a la Verdad, que ya era la heroína de una de sus primeras obras: el tríptico *Sebastopol* (1855).²

La distinción entre “el arte de los escogidos y el arte popular” es el meollo de su crítica. “Los cuentos de un habitante del Tíbet o de un japonés no me conmueven tanto como a un tibetano o a un japonés, pero me conmueven. También me produce una honda emoción la pintura japonesa, la arquitectura india y los cuentos árabes. [...] La historia de José, traducida al chino, conmueve a un chino.” Siempre fue, como apunta Rolland, ese episodio bíblico de José el gran modelo de arte perfecto para Tolstói.

Con mazo en mano, el conde atenta contra el muro de las escuelas artísticas, dedicadas a falsificar, como los seminarios teológicos (lo que le valdría la excomuniación), la Verdad. De este modo, el mal radica en la enseñanza, la crítica y la profesionalización del arte. Odia la charlatanería, endiosada por la crítica, las tomaduras de pelo que hacen pasar por obras maestras lo que son meros bodrios del mal gusto, el hipnotismo propio de los prestidigitadores académicos que propagan la falsa creencia en un arte fingido, dedicado a replicar ideas atrofiadas en los recurrentes temas que nadie entiende pero que todos alaban. (Me recuerdan estas críticas a uno de los mejores relatos de Enrique Serna, “Hombre con minotauro en el pecho”,

donde es atacado con maestría e intensidad el esnobismo, la fe ciega en el criterio ajeno, la obra insulsa que se exulta en rebuscadas interpretaciones.) Sin embargo, aunque pueden parecer injustificadas muchas (la inmensa mayoría) de las críticas de Tolstói a Shakespeare, Miguel Ángel, Berlioz, Nietzsche u Oscar Wilde, estos últimos que son “la apoteosis de la perversidad”, el ensayo se torna menos condescendiente (para nosotros) y más interesante (para entender el *ars poetica* tolstoiana), cuando habla de los rasgos que identifican al arte verdadero.

Argumenta que un signo innegable del arte verdadero es la confusión del receptor con el artista. Al lector, al expectante, cuando el arte está bien logrado, le parece “que los sentimientos que le transmiten no provienen de otra persona, sino de sí mismo, y que cuanto el artista expresa él mismo pensaba, hacía tiempo, expresarlo”. Al leer estas líneas recordé las lágrimas que me produjo su príncipe Andréi, moribundo, viendo el azul del cielo y después la imagen del terrible Napoleón frente a él, pero cuya presencia no lo inmuta en lo absoluto; y pensé en Pierre Bezújov mirando un cometa y sintiendo que todo su destino se sintetizaba en esa estela luminosa, que le guiaba por el camino del amor y de la buenaventura, mientras Moscú, la Troya rusa, ardía en llamas. Sí, el arte verdadero suprime la distinción entre el creador y el receptor, entre las fuerzas creatrices del artista y las receptoras del expectante. Tolstói es un teórico que pone en práctica sus teorías.

¿Pero cuáles son las características del buen arte?, ¿aquellas que permiten difuminar al artista del espectador? Según el propio conde: 1) la singularidad, la originalidad, la novedad del sentimiento; 2) la claridad de tal sentimiento

> continúa en la página 65

expresado; y 3) la sinceridad e intensidad de dicho sentimiento. Y es esta última característica la que subordina a las otras; es la suma, “exige al artista que experimente por cuenta propia los sentimientos que expresa”.

Luego de hallar el hilo negro, recae en moralismos. El arte bueno, insiste, es la “conciencia religiosa” de una época y de un pueblo. “La conciencia religiosa es a la sociedad lo que la corriente a un río”. El arte debe someterse al principio cristiano de ligar, unir a todos los hombres. “Es, desde luego, propiedad esencial del arte, de todo arte, el unir a los hombres entre sí”. Y él, al considerarse un cristiano cuasi primitivo, se apoya en la idea del Evangelio de que lo que es grande para el hombre es pequeño ante Dios. Todo arte que desuna a los hombres es un “arte malo”. No vacila en decir que la *Novena sinfonía* de Beethoven es arte malo, así como sus propias novelas y cuentos. Desdeña todo lo que ha escrito en el pasado, ¡todo!, salvo un cuento, “Dios ve la verdad, pero tarda en decirla” (1874-5), lo cual, a todas luces, no es un acto de falsa humildad, sino la expiación a una condena que lo atormentó toda su vida: el desprecio de su genialidad. Del conjunto de sus obras, que acepta ser producto de esa educación descoyuntada y privilegiada que tanto critica, dice que es un arte “que debe ser condenado y despreciado, ya que en vez de unir a los hombres los separa”. Tacha asimismo a toda la corriente del “realismo” de “provincialismo” y regresa a los argumentos cascarrabias que atentan contra la inteligencia de cualquier lector. Alega que las descripciones de Cervantes solo son inteligibles para los españoles, las de Dickens para los ingleses, y las de Gógol para los rusos. (Autores que, no obstante, junto con Dostoievski, Victor Hugo, Homero, y

...Y, sin embargo, ¿el arte en verdad debe ser bienintencionado? ¿No son el odio, el desprecio, la tristeza, sentimientos perfectamente admisibles e incluso dignos de ser retratados, como enmienda de nuestras propios miedos y tormentos? ¿No demostró el siglo xx y lo demuestra sin cesar el xxi que las obras con nobles intenciones son las menos artísticas, las más panfletarias y mezquinas, disfrazadas solo de propaganda moralina...?

unos cuantos más, acepta admirar y rescata del patíbulo de su severo juicio.)

Así pues, ¿qué hacer? Bastaría, continúa el conde, que los seres humanos rechazaran la falsa teoría de la belleza, del arte por el arte, “que hace del placer el único objeto del arte”, para que la conciencia religiosa guiara los pasos perdidos. Está bien copiar a los grandes maestros, pero no desde la academia, no desde la profesionalización, asegura. “Pero el arte no es un oficio, sino la transmisión del sentimiento que experimenta un artista”. Tolstói avienta la primera piedra. “El artista del porvenir vivirá la vida ordinaria de los hombres, ganando el pan con un oficio cualquiera”.

No negaré que estas páginas me calaron en lo más hondo, porque sé que he sido de esos artistas que han vivido de los beneficios de las becas y los premios, migas de un sistema que legitima al arte desde un pedestal acaso corrompido. Pertenezco a la sucia ralea que Tolstói, ¡mi Tolstói!, tanto desprecia. “Hasta que se haya arrojado a los mercaderes del templo, el del arte no será templo”. ... Sí, yo soy, lo sé, uno de esos mercaderes que Tolstói echaría a patadas... Pero si me ofendo, si me duele que uno de mis héroes me arroje el dardo envenenado, la

amarga flecha, es porque sé que tiene razón. Y sé que escribía quizá no más pero sí mejor cuando tenía otras ocupaciones, cuando mis sentimientos eran más verdaderos, por el simple hecho de no estar encaminados *per se* a la construcción de tramas novelescas o febles cuentos. El problema del “arte por el arte” es el mismo de “la ciencia por la ciencia”. ¿Para qué un arte, para qué una ciencia que carezcan de empatía por nuestros semejantes? ¿Para qué una ciencia a favor del capitalismo y no de la fraternidad universal? ¿Para qué un arte y una ciencia que desuna a quienes me rodean? ...Y, sin embargo, ¿el arte en verdad debe ser bienintencionado? ¿No son el odio, el desprecio, la tristeza, sentimientos perfectamente admisibles e incluso dignos de ser retratados, como enmienda de nuestras propios miedos y tormentos? ¿No demostró el siglo xx y lo demuestra sin cesar el xxi que las obras con nobles intenciones son las menos artísticas, las más panfletarias y mezquinas, disfrazadas solo de propaganda moralina, de encubrimientos groseros de falsas ilusiones?

¿Qué es el arte? “El arte no es una alegría, ni un placer, ni una diversión. El arte es una gran cosa. Se trata de un órgano vital de la humanidad que transporta al dominio

del sentimiento las concepciones de la razón”, me responde Tolstói.

Segunda respuesta

Camino por la calle. Vengo de un café. La tarde desbarranca hojas secas de los árboles. El calor amaina. Acabo de leer un libro maravilloso. Es uno de los Clásicos Verdes publicados por Vasconcelos: una antología de Rabindranath Tagore.

Al igual que mi ejemplar de *¿Qué es el arte?* de Tolstói, el de Tagore no da muchas señas. “Traducción hecha en el Departamento Editorial”, dice la página legal.

Rabindranath Tagore (1861-1941) me resulta una iluminación. Para este autor bengalí, premio Nobel de Literatura 1913, el Arte es una vía más del *yoga*, un medio, un camino espiritual que ayuda a edificar la personalidad, es decir, la relación del individuo con el Todo.

En *Personalidad* hay un texto, el capítulo inaugural, titulado “¿Qué es el arte?”, en el que Tagore no acude a la exhaustiva revisión de los autores occidentales que hace el conde apóstol de Yásnaia Poliana. Al contrario, no quiere “juzgar al río desde el punto de vista de un canal”; se limita a citar pasajes de viejos textos sánscritos. No pretende iluminar nada nuevo, y por lo tanto lo logra. “La luz de una linterna sorda permite tener una visión clara, pero no completa” de la obscuridad.

No vacila en reivindicar contra lo que Tolstói despotrica sin cesar: que el goce del alma es el fin de la literatura y, por extensión, de las artes todas, justificándose en lo que a Tolstói le faltó: pensamientos del Oriente. A la necesidad del animal de satisfacer lo que el instinto le pide, se contraponen el exceso de ese instinto que se convierte en la conciencia que tenemos de nosotros mismos. El ser humano acumula una riqueza

irresponsable, que se traduce en un excedente, un anhelo por trascender. “Esta es la razón por la que, entre todas las criaturas, solo el hombre se conoce a sí mismo, porque su afán de conocimiento retorna a él en su exceso”.

Tagore no es cristiano sino hindú, y las fuerzas creatrices que defiende son las de Brahma, el Ser Supremo del que todo emana y al que todo retorna. “Este mundo aparente es el mundo del hombre”. Los hinduistas creen que hay dos realidades: el mundo fenoménico, *pancriti*, y el de los espíritus, *purusha*; y según ellos ambas realidades no se tocan, pues todas nuestras almas individuales habitan en *purusha*, y *pancriti* es el sueño de aquella. Con el sueño volvemos al *atman*, el elemento invisible y unificador donde todo nace y adonde todo retorna. Todo es *maya*, y *maya* en la India es ilusión. Pero el arte, según Tagore, es uno de los caminos para unificar el mundo fenoménico y el espiritual.

Con nuestro amor y nuestro odio, nuestro placer y nuestro dolor, nuestro temor y nuestro asombro, laborando de continuo en él, este mundo se va haciendo parte de nuestra personalidad. Crece con nuestro desarrollo; cambia con nuestros cambios. Somos grandes o pequeños, según la magnitud o pequeñez de esta asimilación; según la calidad de su suma total. Si este mundo nos fuese arrebatado, nuestra personalidad perdería todo su contenido.

Hay un término sánscrito, *rasa*, que es como una sustancia que reside en todas las cosas del mundo, y nuestras emociones, según Tagore, “son como jugos gástricos que transforman este mundo de apariencia en el más íntimo de los sentimientos”. Los jugos nuestros y los

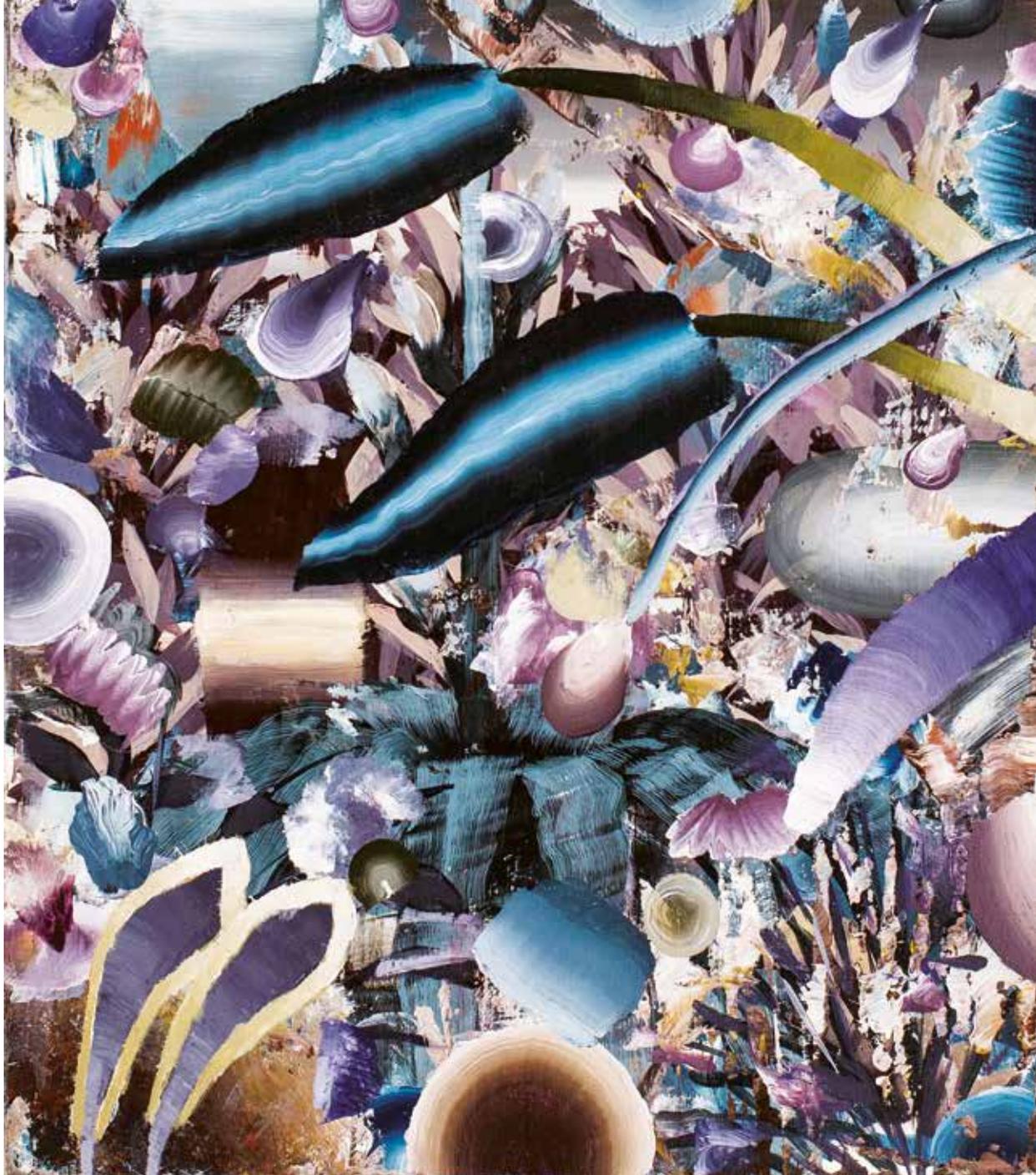
del *rasa* se excitan recíprocamente. (Para Octavio Paz, *rasa* significa sabor, pero también podría ser talante, humor, estado anímico. “*Rasa* es todo eso y más: ‘gusto’”, dice el poeta mexicano. La unión de esas sustancias genera la experiencia estética, el vínculo íntimo y sensorial entre las cosas y los seres.)

“Pero una descripción de la belleza del amanecer tiene para nosotros un interés eterno, porque en ella no es el hecho de la aurora, sino nosotros mismos, lo que constituye el objeto de interés perenne”, afirma Tagore. Octavio Paz quizá replicaría en un poema: “Me miro en lo que miro *soy la creación de lo que veo*”. Y Tagore, acaso, añadiría: “Te veo en el punto en que eres lo que soy”.

Para el bengalí, el mundo de la ciencia, el mundo de lo externo es “un mundo que no debemos tocar con nuestros sentimientos”. La ciencia astronómica explica el movimiento de los astros, pero no lo que sentimos cuando en una noche salimos al patio y contemplamos el resplandor de las constelaciones. “Me basta el lenguaje más llano cuando tengo que decir lo que sé acerca de una rosa; pero no así para decir lo que siento acerca de ella”.

Maya, la apariencia, la ilusión, hace que confundamos lo que es con su apariencia. “Entonces surge el Arte, y olvidamos los clamores de la necesidad, el provecho de lo útil –y las agujas de nuestros templos tratan de besar a las estrellas y las notas de nuestra música de penetrar la profundidad de lo inefable”.

Al igual que Tolstói, Tagore piensa que “todo arte verdadero tiene su origen en el sentimiento”. ¿Cómo no sentirnos alarmados por los delirios de Hamlet, horrorizados por la relación tóxica de Cathy y Heathcliff, sacudidos por el amor insano de Gustav von Aschenbach, aterrorizados por la Coatlicue mexicana, asom-



Etnografías errantes 6

brados y sin aliento ante *Las meninas* de Velázquez o conmovidos hasta el llanto con nuestras canciones favoritas? “La oficina del abogado, por regla general, no es bella, y la razón es obvia”. Hay un orden de las cosas, y el mundo fenoménico está condicionado por nuestra conciencia. Soñamos el mundo que presenciamos. El artista penetra en lo esencial, logra

plasmear la personalidad de la cosa retratada, porque se la apropia y se identifica con ella, sin necesidad de pretender copiar todos sus detalles. “La grandeza y hermosura del arte oriental, sobre todo en el Japón y en China, consisten en esto: que allí los artistas han visto esta alma de las cosas y creen en ella. El Occidente tal vez crea en el alma del Hombre, pero en rea-

lidad no cree que el universo tenga alma”. Para muchas culturas del Oriente, lo humano es espejo de lo divino. “Porque el esfuerzo único de la personalidad del hombre tiende a convertir en humano todo aquello que tiene en verdad algún interés. Y el Arte, como la vegetación cultivada, indica hasta dónde ha conseguido el hombre hacer suyo el desierto”.

Ética y estética aquí no rivalizan, no tienen por qué tocarse una a la otra, son fragmentos de algo más frondoso. “Porque tenemos fe en esa alma universal, nosotros los de Oriente sabemos que la Verdad, el Poder y la Belleza están en la Sencillez, allí donde es transparente y las cosas no obstruyen la visión interior”. Tolstói sin duda estaría de acuerdo en que la Sencillez es el motor de la Verdad, pues nace de la sabiduría popular, del sentimiento acumulado por el reconcomio colectivo.

“Porque los hombres son criaturas de la luz. Siempre que se dan cuenta plena de sí mismos, sienten su inmortalidad”. El gozo de vivir y la facultad para expresarlo son los fines del arte. “Esta edificación de su mundo verdadero –el mundo vivo de la Verdad y la Belleza– es la función del Arte”. El ser humano está condicionado por ese exceso de instinto que lo hace consciente de su existencia, que le permite anhelar la trascendencia. “El hombre es verdadero solo en el punto en que siente su infinitud, en lo que tiene de divino, y lo divino en lo creador que hay en él”. Un poeta dice hipérbolos, pero a la luz del Arte, del corazón, se vuelven verdaderas. “El orden de una gran batalla puede ser un hecho importantísimo; mas resulta inútil para los fines del Arte. Pero lo que la batalla ha causado a un solo soldado individual, separado de aquellos a quienes ama y mutilado por toda su vida, tiene un valor vital para el Arte que trata de la realidad”. (He sentido la locura del Quijote y la cólera de Aquiles. Uno sabe cuando está ante una obra de arte. La intuición lo dicta; el alma lo siente con sus sacudidas silenciosas.)

La aspiración, el gozo, el sacrificio son los elementos infinitos del ser humano, cuya finitud se merma paso a paso, agotándola día con día. “La historia, mientras no hace más que copiar a la ciencia y tratar de

abstracciones, permanece fuera del dominio de la literatura. Pero, como narración de hechos, ocupa su lugar al lado del poema épico. Porque la narración de los hechos históricos da a las épocas a que pertenecen, cierto sabor de personalidad”. El soldado que cuenta su relato de guerra regresa aquello que le fue dado: el retrato de su alma, sus miedos, lo que lo hace combatir o desistir. “La literatura clásica de la antigüedad estaba poblada solo de santos, de reyes, y de héroes. No iluminaba a los hombres que amaban y sufrían en la obscuridad”. Pero el camino se ha abierto. Nuevas naves para viejos mares.

“El hombre se oculta y la verdad se borra en su amorfa”, dice el iluminado yogui. Hacer pasar la verdad por mentira y la mentira por verdad son vías distintas, tan distintas, como dos granos de arena. “En estos extensos espacios de nebulosidad, el Arte crea sus estrellas: estrellas que son definidas en su forma, pero infinitas en su personalidad. El Arte nos llama ‘las criaturas de lo inmortal’, y proclama nuestro derecho a morar en los mundos celestiales”. El Arte es un camino del Yoga, un salvoconducto espiritual.

En otro libro, *Sadhana*, Tagore afirma que la belleza “es omnipresente; por lo tanto, todas las cosas son capaces de producirnos alegría”. A eso se dedica nuestra existencia: “que sepamos siempre que ‘la belleza es verdad y la verdad belleza’; todo viene del Ser Supremo, Brahma, y todo va a él”.

Aunque en nombre de la religión “se han consumado hechos que agotarían todos los medios de castigo del infierno”, sufrimos en la obscuridad y reclamamos nuestro derecho a hacer nuestro el desierto.

¿Qué es el arte?, me pregunto al contemplar esa luz despeñada de una nube peregrina en una ardiente mañana de mayo. ¿Qué es

el arte?, me pregunto sintiendo el soplo caprichoso y voluble del viento, que se digna a entrar por las puertas abiertas de cuando en cuando. ¿Qué es el arte?, me pregunto mientras un hilo de hormigas sondea la blanca pared. ¿Qué es el arte?, le pregunto al ventilador que ronronea aquí junto mientras el martillo de la realidad cae en el yunque de la ficción. ¿Qué es el arte?, me pregunto leyendo al cristiano Tolstói y al hinduista Tagore. ¿Qué es el arte?, me pregunto y me digo que quizás el arte es una vía del yoga, una manera de unir a los seres humanos, unas cuantas palabras que ordeno y que me hablan de una belleza que está más allá de las cosas aparentes, porque esta luz despeñada, esta nube peregrina, esta tarde ardiente, este ronroneo de ventilador, este viento voluble, este instante irrepetible, todo esto soy yo mismo. **LPyH**

Xalapa, 10-14 de mayo, 2022

* Capítulo de un libro de ensayos sobre arte aún en ciernes.

NOTA

¹ Un argumento que tiene su paralelo con Tagore, en su gran ensayo *Personalidad*, al hablar de Dios: “Resulta una mera tautología decir que Dios es incognoscible cuando dejamos de recurrir a la persona que puede conocerle y que le conoce. Es lo mismo decir que el alimento es incomible cuando el que come está ausente”. Pero ya hablaré de Tagore más adelante.

² “La heroína de mi relato, a la que amo con todas las fuerzas de mi alma, que trato de mostrar con toda su belleza, es aquella que siempre fue y será la más bella: ¡Es la Verdad!”, dice al final de la segunda parte de la novela.

Maximiliano Sauza Durán (Querétaro, 1993) es arqueólogo y maestro en Literatura Mexicana por la UV. Premio Latinoamericano de Primera Novela Sergio Galindo 2020.